

ALBERTO DÍAZ-DÍAZ

CARTA NATAL

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 Carta Natal

© Alberto Díaz-Díaz

© 2012 Editorial: Vision Libros

C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España

Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-485-8

Depósito legal: M-26256-2012

Disponible en papel y ebook

www.visionlibros.com

www.terrabooks.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripción@visionnet.es

A todos los protagonistas de esta aventura involuntaria.

Con especial recuerdo para los partidos o mutilados.

A los que sobreviven con el alma escindida.

A los que deambulan con el espíritu atormentado.

Todos víctimas inocentes a la postre.

ÍNDICE

Glosario	9
Introducción	11
Capítulo I	13
Capítulo II	19
Capítulo III	33
Capítulo IV	43
Capítulo V	57
Capítulo VI	67
Capítulo VII	73
Capítulo VIII	81
Capítulo IX	87
Capítulo X	99
Capítulo XI	109
Capítulo XII	127
Capítulo XIII	147
Capítulo XIV	171
Capítulo XV	191
Capítulo XVI	225
Capítulo XVII	239

GLOSARIO

AM -	Amplitud Modulada
CAME -	Consejo de Ayuda Mutua Económica
CDR -	Comité de Defensa de la Revolución
CM -	Comité Militar
CTC -	Central de Trabajadores de Cuba
DP -	Destacamento Pedagógico
ENA -	Escuela Nacional de Artes
ESBEC -	Escuela Secundaria Básica en el Campo
FAR -	Fuerzas Armadas Revolucionarias
FEEM -	Federación Estudiantil de Enseñanza Media
FEU -	Federación Estudiantil Universitaria
FMC -	Federación de Mujeres Cubanas
ICAIC -	Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica
INRA -	Instituto Nacional de Reforma Agraria
IPUEC -	Instituto Preuniversitario en el Campo
ISBN -	International Standard Book Number
ITM -	Instituto Técnico Militar
MININT -	Ministerio del Interior
MTT -	Milicias de Tropas Territoriales
ORI -	Organizaciones Revolucionarias Integradas
PCC -	Partido Comunista de Cuba
PNR -	Policía Nacional Revolucionaria
RDA -	República Democrática Alemana
SEPMI -	Sociedad Escolar Patriótico-Militar

SMG -	Servicio Militar General
SMO -	Servicio Militar Obligatorio
UCI -	Unidad de Cuidados Intensivos
UJC -	Unión de Jóvenes Comunistas
UMAPs -	Unidades Militares de Apoyo a la Producción
UPC -	Unión de Pioneros de Cuba
URSS -	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
UVAPs -	Unidades Voluntarias de Apoyo a la Producción



INTRODUCCIÓN

El libro que el lector tiene en sus manos puede aparentar ser una fracción autobiográfica que concierne por entero a su autor. No es así, aún sin negar el protagonismo del narrador en algunos actos que implican su actuación individual y en solitario.

El presenta título es mucho más que el acontecer aislado de quien lo escribe. La suerte compartida y los acontecimientos que implican a toda una generación, de las tantas afectadas, hacen que estas páginas se conviertan en el testimonio vivo de muchos seres que se encontraron indefensos ante un cataclismo social heredado de la irresponsabilidad de sus mayores.

No pocos de los que vivieron estas experiencias se convirtieron ellos mismos en cómplices de un régimen que ha terminado por asfixiar a todos. Los hijos de muchos les han ajustado las cuentas y otros han pagado con sus propias vidas su entrega a la siempre fácil corriente de la inercia.

Los que permanecieron en su tierra — con el pellejo a salvo — aparentando fidelidad maldicen su venida al mundo y reniegan de todo lo que les ha tocado en suerte aun cuando no se atreven a exteriorizarlo. Los que em-

prendieron la huida sufren el terrible peso del destierro y la discriminación repartidos en una diáspora imparable que se esparce a los cuatro puntos cardinales.

Cada uno de nosotros habrá obtenido aquello que ha merecido y otros serán injustamente marginados. El peso del olvido y la maldición de toda diáspora recaerá con mayor vigor sobre los más audaces, los más honestos, los más dignos y los de mayor talento. Sirvan estas páginas como reconocimiento a aquellos que mereciéndolo no lo tienen.

El autor



CAPÍTULO I

Un silencio perturbador preserva a los recuerdos de aflorar a la mente y hemos de exprimir el cerebro para que cada gota del pasado sudado, y no exento de baños de sangre, brote espontáneo sin forzamientos ni esguinces.

La memoria tiende a esquivar y el corazón gusta de retorcer, de intrincar lo sufrido para ocultar el pesar o para pasar la factura adeudada a sus quiebras y grietas dolorosas y traumáticas. Es nuestra conciencia quien mejor puede emprender nuestras crónicas personales. Si ésta está preservada de culpabilidades e íntegra en su honradez, entonces una especie de manantial encarnado por la pureza nos permitirá el gozo de narrar los hechos sin remordimientos ni ataduras. Un espíritu libre de amarras y sin lastres pendientes equivale a elevarse por encima de todas las miserias humanas sin endeudarnos con capítulos de encono o mezquindad.

Aunque no el primero, el recuerdo más hermoso de mi niñez está encarnado por bellísimas e inquietas mariposas de tamaño descomunal que encarnaban en sus alas multiformes el agotamiento de todas las posibilidades de combinar colores con el acierto y buen gusto que sólo se puede encontrar en la naturaleza prístina. Añádase a todo ello el

calor de la protección de un hogar físicamente destruido y saqueado, pero regido por el amor filial como resguardo contra toda maldad — que no era poca la que nos rodeaba entonces y hoy.

Es impreciso a que edad podemos comenzar a retener recuerdos, y en cualquier caso, ésta capacidad varía enormemente de un individuo a otro.

Mis padres, ambos, habían nacido y crecido en el medio rural, procedentes de familias europeas inmigrantes que a través de generaciones con enorme sacrificio y esfuerzo se habían hecho propietarios de haciendas de ganadería y cultivo. Particularmente mi padre sentía un gran apego por el paisaje de la campiña y le resultaba imposible vivir fuera del alcance del olor de la tierra recién arañada y de la gárrula variedad de las amenas manifestaciones sonoras del mundo animal. Por ello, cuando decidió formar una familia en todo su rigor y temple compró una propiedad lo más aislada posible en la cabecera del municipio al que pertenecían las tierras de los ancestros.

La casa que mi padre mandó a construir pasado el estadio de beisbol estaba acosada por un río en el otro extremo. No solo se levantó la vivienda sino, que se erigió un pequeño establo y, además del espacioso patio para jardines y algunos frutales se disponía de otra franja de terreno anexo, destinado a pastizal para una vaca y un caballo, que era algo así como la competencia — a principio innecesaria — al todoterreno que debía llevar a mi padre hasta sus predios de protagonista cada madrugada, para devolverlo ya caída la noche. A aquel medio de transporte alternativo los tumultos revolucionarios lo elevarían más tarde a la condición de indispensable para la subsistencia. Y como mi madre debía tener algún entretenimiento fuera del encierro hogareño con sus numerosas obligaciones, no faltaban las aves de corral aéreas (palomas), terrestres

(gallinas — algunas lesbianas —, pavos, pavos reales, gansos, etc.) y acuáticas (patos), amén de algún cerdo homosexual, varios gatos ortodoxos y hasta una pareja de perros guardianes salaces, lujuriosos, bujarrones y pajeros que imponían más que la mismísima PNR.

La mística vaca justificaba su presencia porque mi padre no desayunaba, mientras fue un infame burgués, si no era con leche recién sacada de la ubre después de hervida, mientras que mi madre la tomaba a la temperatura interior de la vaca y se la servía directamente del recipiente donde se recogía el producto del ordeño.

El caballo calavera que era enorme y majestuoso pasó por chuleta, aunque castrado, por dos o tres meses nada más. Estaba destinado a ser la única propiedad sobreviviente de todas las de la familia. Al hacerse con el poder los revoltosos auspiciados por los yanquis y la contribución casi general de los habitantes de Lupanara, en especial las clases más influyentes y acaudaladas, estos proclamaron históricamente a viva voz y decretaron al tiempo, en papel impreso la ley de incautación de todos los bienes como propiedad del pueblo, pero de uso restringido y limitado a los rebeldes.

Llegaban los improvisados milicianos a cualquier vivienda donde existiese un vehículo privado de cualquier tipo y sin miramientos, a punta de pistola exigían las llaves y se marchaban motorizados aquellos que nunca habían tocado un volante con sus manos en toda su vida. Los coches de muchas personas fueron requisados en numerosos casos con el propósito de dar instrucciones de cómo conducir a una caterva de bárbaros con barbas crecidas y apariencias de sátiros. Cuando se hacían las requisas con estos fines, por lo general los vehículos eran devueltos a sus dueños, pero en estado tan deplorable que estos se echaban a llorar como plañideras voluntariosas o por el contrario se

enfrentaban a los bandidos, no consiguiendo otra cosa que provocar la ira de estos, manifestada por medio de golpizas memorables a los «amerengados burgueses».

Había casos más infortunados en que el vehículo incautado era de utilidad óptima para los fines de la revolución o revuelta — según se mire — y entonces tarará que te vi. Ese fue el caso del todoterreno de mi padre que resultó indispensable para que los gloriosos agentes del INRA pudieran desplazarse cómodamente hasta los campos para expropiar las tierras a sus dueños. Ironía del destino, esos agentes interventores aparecieron en las propiedades de mi padre y su familia subidos a un vehículo de uno de los propietarios que venían a terminar de esquilmar.

Mi abuelo paterno, un español que con catorce años había empuñado el machete contra la metrópoli para liberar a Lupanara del yugo colonial, no se lo pensó dos veces y cuando llegó la comitiva en lugar de salir a recibirlos se introdujo en la casa buscó su antigua arma de combate — siempre presta junto al lecho conyugal — y se la colgó a la cintura dispuesto a defender las conquistas de toda una vida. Pero antes del enfrentamiento regó con keroseno y gasolina todos los aposentos del caserón, el granero y el establo; luego con una tea comenzó a incendiar a todo el fruto de su esfuerzo. Sólo después de consumado este rito de purificación por el fuego, con el convencimiento de que aquellas llamas no iban a poder ser sofocadas, echó la mano sobre la empuñadura de su histórica arma de criollo asimilado y ya con ella desenvainada se arrojó sobre los impostores. El provento y bravo mambí emérito se hizo con una cabeza y amputó en el aire un par de antebrazos. Fue el tiempo que le concedieron las balas de los intrusos para dejarlo mal herido, pero no muerto.

Las mujeres — incluida mi abuela — se habían dispersado despavoridas. El más joven de mis tíos — aún soltero,

vigoroso y en la flor de la edad — no pudiendo soportar la agonía de ver a su padre retorcido por el dolor, que pedía lo remataran de una vez, haciendo gala de un valor sin precedentes le cercenó la cabeza con un hacha. De inmediato fue apresado por los forajidos que para dar un escarmiento a la comarca y a la familia colgaron a mi tío allí mismo en el portal de la casa, que el fuego consumía y que no tardaría en devorar su cuerpo con la sangre aún caliente.

Me remonto a todo esto porque ello explica el más recóndito de mis recuerdos. Obviamente yo no llegué a conocer a mi abuelo paterno ni a mi tío asesinados en esa ocasión, pero aquellos acontecimientos pesaron sobre nuestra familia durante muchos años y cambió para siempre el modo de ser de mis ascendientes como ocurrió con miles y miles de familias lupanarenses. En cualquier caso, la finca rural El Falo fue defendida virilmente por los habitantes que en ella se encontraban en el momento de ser expropiada y antes de que pasara a manos estatales para luego ser convertida en Granja Agrícola del Pueblo y rebautizada con el nombre de La Raja. Granja Agrícola del Pueblo La Raja.

Mis tíos sobrevivientes y mi propio padre no paraban de ser acosados por este hecho de arrojo y valor. Harto frecuente eran arrestados sin causa ni motivo alguno que lo justificara, otras eran golpeados por antiguos empleados que los llamaban «explotadores, vampiros, chupasangre» y lo que les viniera a la boca; siempre alentados por los improvisados milicianos. Mi padre que temía por el bienestar nuestro se mostraba todo lo menos posible y nunca dormía en casa, sino que se instalaba en los montes porque de las citas nocturnas a la jefatura de policía no se solía volver jamás.

Una noche húmeda y muy oscura, mi padre aprovechando los apagones inherentes a la desastrosa economía

comunista se presentó a la hora en que los muertos salen de sus tumbas. Había entrado por la caballeriza, donde hacía mucho que permanecía encerrado su hermoso caballo. Despertó a mi madre, quien a su vez se preparó ella misma y puso a punto la prole en lo que mi padre ensillaba a la cabalgadura. Se echaron todos los cerrojos y cuatro jinetes se subieron a los lomos de aquella noble bestia de carga que abandonaría su ociosidad solo para morir al final de sus días, cuando yo ya crecido y en edad de ser llamado al servicio militar fui testigo de la incineración de sus despojos. Dando mil rodeos nos escapábamos para casa de mis abuelos maternos que también habían sido expropiados pero sin muertos, ya que no habían opuesto resistencia a la acción de despojo. Mi único recuerdo directo de todo aquello, y el primero de mi vida, es el de vadear una cañada preñada de agua bajo un cielo encapotado y oscuro incrustado en la silla de montar al través de las piernas de mi padre porque aún no tenía edad para sostenerme sentado sin un apoyo total y una sujeción absolutas.



CAPÍTULO II

Antes de escolarizarme mi vida fue más bien solitaria debido, a como he explicado ya, al aislamiento de nuestra casa. No puedo decir que fuera una soledad absoluta, pues la vecindad del río Semen atraía a los vagabundos de todas las edades.

Mi primer amiguete tenía catorce años. Era un mulato desenvuelto y nada perverso, ello contribuyó a que no intentara sodomizarme con engaños ni trapacerías como era lo común en Lupanara, aun cuando distaba mucho de ser lo que actualmente es — un burdel sin entrañas oficializado y corrupto hasta el tuétano, donde cualquier funcionario te vende a un extranjero pedófilo en las mismas instalaciones de una guardaría.

Muy por el contrario de intentar inclinarme hacia la homosexualidad el Pillo me catequizó profundamente en los misterios del sexo, instruyéndome metódicamente para que yo los fuera desvelando por mí mismo. Así fue como de la noche a la mañana me vi convertido en un voyerista experto que no respetaba ocasión de espiar. Empero, la diferencia de edad entre el Pillo y yo me trajo algunas decepciones. El pubis, qué cosa más horrorosa es el pubis de una chica ya poblado cuando el mirón apenas

alcanza los cuatro años de edad. Fue decepcionante descubrir a través de los agujeros de las cerraduras que aquella incisión mullida y cálida de las niñas pudiera ser invadida por semejantes hierbajos tras haber sido arrasados por un fuego infame que les dejara chamuscados y ennegrecidos. Ese monte de ébano crecido a la entrada de esa preciada gruta que yo ya había frecuentado en juegos inocentes con las amigas de mi hermana que me llevaba cuatro años, era para mí una ofensa de lesa humanidad.

Decepcionado del monte de Venus dejé de ser un fanático voyerista para concentrarme en las térmicas entrepiernas de mis pequeñas amigas adoptadas ocasionalmente, con quienes jugaba a los hogares y, en mi obligación de marido obrero que regresa de trabajar en la fábrica a destajo para un despiadado patrón gringo o español repone sus fuerzas en la poesía de la posesión diaria de su hembra para procrear nuevas generaciones de prole empeñada sobre un lecho improvisado con hierba seca. Posesión al estilo y manera de los cuatro años que producía un satisfactorio cosquilleo al friccionar el pequeño glánde entre los labios de la también diminuta vulva — sin matorrales chamuscados. Era una cosquilla especial que no daba risa y sí muchas satisfacciones de tipo térmico y emocional, pero sobre todo proporcionaba una agitación placentera que tiraba del bombeo del corazón con pasión y fuerza inusitadas. Una taquicardia cordial y amena que se iniciaba en el balano y recorría toda la médula.

Luego intentaba uno recrear esas sensaciones en solitario y se alcanzaba una gran excitación, pero jamás nada comparable a la del encuentro de aquellos cuerpos de naturaleza contraria y amigable a más no poder por la zona que se conoce como genitales. No faltaban los besos ni la inserción anal — siempre inofensiva — como una preparatoria o entrenamiento precoz para el futuro debut de

aquellas minúsculas y falsas esposas, que llegada la hora de crecerles la pelusa negra en el codiciado triángulo se desposarían en serio con aquellos peludos — sus equivalentes — ya de crecidas. Tonto de mí, que no me hacía a la idea de que yo también llegaría a desear con desmesurada pasión aquel terreno cubierto con musgo ennegrecido para disfrutar de su húmedo entorno desde el mismo brocal hasta su entera profundidad interna medida estrictamente con fruición y deleite.

No importa Maestro que luego terminaras siendo un oficial de la Seguridad del Estado, que nos quiten lo bailado. Tú continuarás arrestando inocentes en nombre de la causa de la revolución y su máximo líder, torturando y violando en Villa Marista; porque macho sí que eres, y yo me dedico a deshacer el mito de esa barbarie esgrimiendo el arma de la escritura con la certeza de que no persigo cobrarte nada en el terreno político. La política está dominada por los peores estratos de nuestra Lupanara y yo pretendo que quede de mí un recuerdo que me sobreviva y además eduque a los que vienen detrás, persiguiendo también sembrarles en el espíritu una semilla de luz que permita a sus conciencias no tener ataduras, odios ni rencores.

A pesar de estas interferencias en mi vida plácida de entonces, yo pasaba la mayor parte del tiempo solo, pero nunca aburrido. Tenía tradición de ser un buen aficionado a la audición musical desde los tiempos en que mi madre me ataba a una pequeña mecedora para infantes menudos y echaba a andar el gramófono con discos de zarzuelas, operetas, corridos mejicanos o danzones. Así me aquietaba durante horas, hasta que un día sucedió lo inevitable. Habiendo llegado a compenetrarme en cuerpo y alma con la música, me balanceaba *in crescendo* hasta que la mecedora volcó y el porrazo fue de aúpa.

Yo no recuerdo el porrazo ni el accidente, pero el hábito quedó enraizado aun cuando tanto la mecedora de niños como el gramófono habían sido jubilados sin opciones a ser sustituidos, como iría pasando con todo, incluidos artículos tan modestos como peines, cepillos o los mismos espejos. Así las cosas, a las once de la mañana yo me instalaba en una enorme mecedora de madera noble, donde podía incluir los pies estando las extremidades estiradas y sintonizaba a Radio Progreso para saciarme de danzones, ejecutados la mayoría por la orquesta Almendra y Antonio María Romeu.

Juguetes tuve muy pocos — a lo sumo cinco durante toda mi niñez — porque el gobierno revolucionario había eliminado la visita de sus altezas reales los magos de Oriente a Lupanara acusándolos de «burgueses, homosexuales, pedófilos, contrarrevolucionarios, reaccionarios, enemigos del pueblo, aliados del imperialismo yanqui, antisoviéticos» y encima «embajadores de la iglesia». Por todo ello les retiró el *placet* como en su día haría con el embajador nombrado por Aznar, que se le plegó al comandante como buen español, llegando a intercambiar corbatas en Santiago de Chile tras que el dueño de la ínsula lo llamara «caballerito español». Supongo que en la actualidad algunos países acusen a los magos orientales de pertenecer a Al Qaeda que portan en sus alforjas y en las gibas de sus camellos bombas y explosivos de un elevadísimo peligro que amenaza la supervivencia del lujurioso Occidente. Un buen pretexto para que el consumismo venda juguetes todo el año y de continuo cargándose todas las tradiciones que hacen del ser humano un ser con alma apegado a una fe humanista que conviene destruir a toda costa y al menor coste posible.

Confieso que no eché de menos esa carencia — casi inexistencia — de juguetes en mi etapa pueril, pues mi

ilimitada y fértil imaginación estaba muy por encima de todos los cachivaches de este mundo y afortunadamente aún supera toda pertenencia y compañía. Una simple piedra, un trozo de madera o una canica equivalían para mí a todos los ejércitos de Napoleón o del Imperio Romano juntos, pudiendo desarrollar tanto batallas campales como navales. Éstas últimas tenían lugar en un enorme estanque donde se recogía el agua caída del cielo que hace más espuma y era la auténtica bendición para lavar los trapos; higiene elemental que peligraba ante la escasez de detergente y el fallecimiento de la lavadora de origen enemigo, ahora empleada para madurar frutas y servir de nido a alguna que otra gallina ponedora. Eso es lo que se llama un equipo multiuso y el resto es «propaganda enemiga».

Por otra parte, estaban los animales, con los que se pueden realizar un sin número de actividades didácticas y revolucionarias al tiempo. Quien lo ponga en duda que ponga en práctica un entrenamiento militar a un pelotón de gallinas con no menos de diez agentes movilizados para servir a la patria en el frente de la defensa ante las amenazas continuas de invasión foránea por parte de los imperialismos yanqui o europeo. Esa maniobra militar es tarea ingente. El solo hecho de dar la orden de alto o de echar a andar; ordenar una marcha forzada, un rompan filas, etc. es simplemente labor estresante que termina invariablemente con el encierro de las gallinas por insubordinación o no acatamiento del orden militar. Si no las pasas por el paredón de fusilamiento es para evitar la aniquilación propia por parte de tu madre que tiene todas las esperanzas de subsistencia familiar puesta en esas aves de corral.

¡Ah!, pero una maniobra con lagartijas y camaleones son palabras mayores y algo sensacional. Ni tú mismo, auto-proclamado comandante en jefe y estrategia máximo de las tropas a graduarse eres capaz de dar con ellas con la capa-

cidad que tienen para el mimetismo y al vestir sus trajes de camuflaje que tan bien saben utilizar. Desesperado por no dar con los subordinados optas por bajarte la graduación y decides pasarte a ideológico del cotarro comenzando a cantarles canciones bélicas para intentar no sólo descubrirlas, sino darles ánimos en la lucha perenne contra el enemigo común de los pueblos oprimidos, el capitalismo universal. Por ejemplo, puedes empezar con la tonada:

La ORI la ORI
la ORI es la candela
sálvese el que pueda

o tal vez sea más didáctica,

Somos las brigadas Conrado Benítez
somos la vanguardia de la revolución
con el libro abierto llevamos a toda Lupanara
la alfabetización

pero viene más a cuento,

Guerrillero, guerrillero
adelante, adelante
es preciso vencer o morir...

Para cuando has agotado todo el repertorio de la época, que no es nada limitado, ya la desertión del ejército movilizadito contra su voluntad es total y viene un cuadro a informarte de la situación:

Del pelotón uno no queda ninguno
del pelotón dos todo el mundo se marchó
del pelotón tres todo el mundo se fue
del pelotón cuatro no queda ni el gato
informa el teniente Menéndez
que dentro de un rato le vende.

Pero un nuevo y decapitado proyecto revolucionario destruiría por completo mi pequeño mundo de felicidad construido a partir de la imaginación antes de ser escolarizado.

Empezar por decir, que como nuestra casa estaba próxima al río Semen, de un considerable caudal, es lógico que existiese algún puente para el tránsito de vehículos que había sido de gran importancia antes del triunfo de la revolución. Debido a ello, parece ser que un año o dos antes de la debacle social y política se había terminado de construir un nuevo puente no lejos del primogénito que a partir de entonces quedó en desuso, fuera de su función como trampolín para los gamberros que bañaban su falta de casta — «lumpen proletario» — en la corriente del Semen.

El antiguo puente era un monumento nacional digno de extasiar a quien tuviera un mínimo de buen gusto y afición por lo ya ido, y sin retorno en el mundo de la arquitectura, el diseño y la laboriosidad. Quien no respeta un sólido monumento erigido en una época que dignificó a nuestros antepasados por su esfuerzo, por su dedicación a un proyecto estético de utilidad colectiva, está sin duda alguna en la mejor disposición de entregarse en cuerpo y alma a la destrucción total de la nación que heredamos.

Y cómo la más cruenta e intensa guerra de desgaste que jamás viviera Lupanara y que se extiende hasta nuestros